

Está Bolívar a merced del arrogante militar español, quien acaba de lanzarle al rostro una tremenda acusación. Es aquel un momento dramático y definitivo, que el valeroso criollo caraqueño resuelve rápidamente, con una protesta que puede costarle también la prisión con grillos y cadenas:

“No he procedido contra Miranda para servir al Rey, sino por la libertad y por la independencia de mi patria”. Interviene de nuevo Iturbe ante Monteverde:

“No haga usted caso de ese calavera: concédale el pasaporte y que se vaya”.

“¡Que se vaya!” —decide Monteverde, entre indignado y confuso—, sin sospechar que se le escapa de las manos la presa mayor que pudo hacer la metrópoli en tierras sudamericanas. Sobre este asunto escribirá después el jefe español a la Regencia, refiriéndose a los “monstruos” remitidos a diversas cárceles de la Península:

“Sin embargo, he tenido que tomar en consideración los servicios que debemos a Casas, Peña y Bolívar. Ha sido necesario respetar sus personas. Pero no autoricé pasaportes para el extranjero más que al último, por estimar que su influencia y sus relaciones podrían ser peligrosas en la presente situación”.

* * *

A fines de agosto desembarca nuestro personaje en Curazao, sintiendo por primera vez las amargas de la expatriación. El dinero que llevaba consigo le fue decomisado por las autoridades españolas.

“Resulta que yo me hallo sin medio alguno para alimentar mi vida”, escribe al señor Iturbe, rogándole la situación de fondos por cualquier medio y con las mayores precauciones posibles. A continuación agrega: “Sin tener nada que hacer con Miranda ni con el antiguo Gobierno, yo pago sus deudas y hasta sus créditos”.

En carta posterior pedirá a su noble amigo peninsular que cuide la herencia de su hermano Juan Vicente, fallecido en un naufragio: “Yo sé muy bien que usted hará por mis bienes lo que ha hecho por mi persona”. Pero juzga necesario explicar a renglón seguido:

“Me hallo armado de constancia y veo con desdén los tiros que me vienen de la fortuna. ¿Qué importa tener o no tener cosas superfluas? Lo necesario nunca falta para alimentar la vida...” “Amigo Iturbe: usted cuenta con la amistad reconocida de Bolívar. Cuente usted que una época trae otra; y que los beneficios que se hacen hoy, se reciben mañana, porque Dios premia la virtud en este mundo mismo”.

¡Años más tarde, con el triunfo de las armas republicanas, pudo demostrar el Libertador su gratitud a tan excelente amigo —como a don Simón Rodríguez y a la negra Hipólita— salvándole de dificultades y de persecuciones injustificadas!

“Si los bienes de don Francisco Iturbe se han de confiscar —escribió Bolívar al Presidente del Congreso—, yo ofrezco los míos, como él ofreció su vida por la mía; y si el Congreso Soberano quiere hacerle gracia, soy yo el agraciado, son mis bienes los que la reciben”.

El futuro Libertador escribe su primer Manifiesto en el exilio

Tres meses permanecerá el entonces coronel en Curazao. Aprovecha el tiempo en pláticas con otros expatriados; en meditaciones sobre la situación de Venezuela y del resto del Continente; en la forma más eficaz de renovar la lucha.

Comienza por esos días a redactar su primer Manifiesto, en el que expone con clarividencia las causas del fracaso sufrido por los patriotas venezolanos. En ese docu-

mento formula el plan de libertar a su patria entrando por Nueva Granada, a cuyos habitantes les hace ver cómo es indispensable la reconquista de Caracas, por el propio interés y conveniencia de Cundinamarca, amenazada de caer de nuevo en manos de los españoles. ¡Y por la libertad de la América entera!

Dirá sobre este punto concreto, después de referirse a la situación y actitud probable de varios países europeos: "... porque poseyendo la España el territorio de Venezuela, podrá sacarle hombres y municiones de boca y guerra, para que bajo la dirección de jefes experimentales penetren desde las provincias de Barinas y Maracaibo hasta los últimos confines de la América meridional. La España tiene gran número de generales, ambiciosos y audaces, acostumbrados a los peligros y a las privaciones, que anhelan por venir aquí a buscar un imperio que reemplace el que acaban de perder".

Explicará luego su temor de que, "al expirar la Península, haya una emigración de hombres de todas clases, particularmente cardenales, arzobispos, canónigos y clérigos, capaces de envolver al nuevo mundo en una espantosa anarquía. La influencia religiosa, el imperio de la dominación civil y militar, y cuantos prejuicios puedan obrar sobre el espíritu humano, serán otros tantos instrumentos de que se valdrán para someter estas regiones".

No olvida Bolívar, al escribir en esta forma, la responsabilidad del clero en los sucesos desgraciados de su patria, no obstante su amplitud religiosa. (Recordar la alianza que 16 años más tarde —al fracasar su tesis del cuarto poder o poder moral—, impulsó en la Gran Colombia con las autoridades eclesiásticas). En frases anteriores del Manifiesto había exclamado, pensando en el sismo catastrófico del 26 de marzo:

"La influencia eclesiástica tuvo, después del terremoto, una parte muy considerable en la sublevación de las

ciudades subalternas, y en la introducción de los enemigos en el país, abusando sacrílegamente de la santidad de su ministerio en favor de los promotores de la guerra civil".

Bolívar, sin embargo, expresa su optimismo y su fe absoluta en la fácil victoria que, a través y con el auxilio de Nueva Granada, obtendrán los independientes: "Es una cosa positiva que en cuanto nos presentemos en Venezuela, se nos agregan millares de valerosos patriotas que suspiran por vernos aparecer, para sacudir el yugo de sus tiranos y unir sus esfuerzos a los nuestros, en defensa de la libertad".



Don José María Morelos y Pavón, figura cumbre de la independencia mexicana. Nació el 30 de septiembre de 1765. Fue fusilado el 22 de diciembre de 1815.

V

RAPIDAS ACCIONES DE ARMAS Y POPULARIDAD INCONTRASTABLE DE MORELOS

EL cura de Churumuco y de Carácuaro se ha transformado en el genio de la guerra. Le faltan armas, y se las toma al enemigo. Millares de hombres le acompañan cuando avanza hacia El Veladero, aunque no todos armados con fusil. Compañías enteras de milicias provinciales se adhieren a la causa de la independencia.

Suyas son las plazas del Petatlán, Tecpan, Tixtla, Chilapa, Chilpancingo, Coyuca, Tlapa, Chautla, Tasco, Izúcar, Tecualoya, Tenancingo y otros puntos del territorio mexicano.

El glorioso cura de Jantetelco, don Mariano Matamoros; los hermanos Bravo y su padre don Leonardo; el "león de Tecpan", don Hermenegildo Galeana; don Vicente Guerrero, héroe del Sur; un grupo extraordinario de patriotas, ha formado desde noviembre de 1810 el Estado Mayor del caudillo.

Con ellos triunfa la causa independiente en 1811, poniendo en graves dificultades a Calleja y a los demás jefes realistas. Con ellos seguirán las victorias en 1812 y gran parte de 1813, hasta que sobrevienen las derrotas de las fuerzas republicanas en Valladolid y Puruarán —el Zapote y lomas de Santa María—, a fines del mismo año y principios del 14. Pero volvamos a la era victoriosa.

Sitio de Cuautla por los realistas

A los 15 meses de su entrevista con el Padre Hidalgo, ya tiene Morelos bajo su dominio grandes extensiones de la Nueva España. Avanza y toma Cuernavaca. Sin pérdida de tiempo, el 9 de febrero de 1812, se sitúa en Cuautla con 3,000 hombres, como punta de lanza sobre la capital.

Diez días después ordena Calleja el ataque de la plaza con 12,000 soldados, estableciendo el sitio famoso de aquella heroica población, del cual escribiría el propio antimorelista don Lucas Alamán: "Si en el sitio de Cuautla el triunfo tocó a Calleja, la gloria corresponde a Morelos".

Es tal el quebranto de los españoles durante ese sitio, largo de 72 días —19 de febrero a 2 de mayo de 1812—, y una de las más brillantes hazañas de la guerra de independencia americana; es tan grande la estupefacción de los realistas, al mismo tiempo, y tan explicable su desconcierto porque allí se canta y se baila "festejando la gloria de la muerte", que el citado mariscal de campo, don Félix María Calleja, tendrá que escribir al Virrey frecuentes informes desolados. Véase la esencia de algunos de ellos, para alivio de males con pésima ortografía:

"Mi salud ha sufrido un ataque vilioso, que ayudado del clima me ha puesto a los humbrales del sepulcro, y que me imposibilita continuar en el mando, del que es indispensable que Vuestra Excelencia se sirva relevarme. Preveo que levantar el sitio de Cuautla es soltar los diques de la insurrección, que cundirá con espantosa celeridad..."

"Hemos dejado pasar dos meses con poco fruto y estamos en el caso de no perder el tiempo en perplexidades. El enemigo continúa haciendo salidas todas las noches. En este estado apurado espero órdenes terminantes de Vuestra Excelencia de lo que se deba ejecutar". (Esta nota lleva por fecha el 11 de abril de 1812. Se respetan la dicción y la ortografía del mariscal español).

"El enemigo —escribe otra vez Calleja al Virrey Venegas, el 24 de abril— sigue con el mismo tesón fanático, reparando las ruinas que le causa nuestra artillería, apagando los fuegos, baylando y repicando a cada bomba que les cae..."

"Estrechados por nuestras tropas y afligidos por la necesidad, manifiestan alegría en todos los sucesos: entierran sus cadáveres con repiques, en celebración de su muerte gloriosa, y festejan con algazara y bailes el regreso de sus frecuentes salidas, cualquiera que haya sido el éxito, imponiendo pena de la vida al que hable de desgracia o rendición. Este clérigo es un segundo Mahoma, que promete la resurrección temporal y después el paraíso, con el goce de todas las pasiones a los felices musulmanes".

A fines de ese mismo mes, ya en vísperas de que Morelos ordenara la evacuación de sus fuerzas por falta de municiones, de alimentos y de agua, de nuevo se dirige Calleja al Virrey en esta forma:

"Conviene mucho que el ejército salga de este infernal país lo más pronto posible; por lo que respecta a mi salud se halla en tal estado de decadencia, que si no le acudo en el corto término que ella puede darme, llegarán tarde los auxilios. Vuestra Excelencia se servirá decirme en contestación qué debo hacer".

Es entonces cuando propone a Morelos el indulto, encontrándose ambos jefes en situación apuradísima. Responde el gran caudillo al mariscal español: "Otorgo igual gracia a Calleja y a los suyos".

* * *

En las instrucciones secretas del Virrey al señor Calleja, recogidas en varios textos, se puede adivinar la angustia del Gobierno colonial, con todas las provincias que separan a México del puerto de Acapulco por un lado,

y de Oaxaca y Veracruz por otro, ocupadas o recorridas por las fuerzas de Morelos.

Serían innumerables las transcripciones que sobre la capacidad militar del formidable caudillo, y sobre su fuerza popular arrolladora, podrían traerse a colación. Basten unas pocas frases, entresacadas de lo que recoge Teja Zabre en su biografía del Generalísimo.

De don Francisco Bulnes, quien asegura que el Gobierno Virreinal tenía más de 86,000 hombres, organizados militarmente:

“Los liberales como Zavala, Mora, Quintana Roo, Mier, Rayón, Guerrero y otros muchos, dan el primer lugar en nuestra lucha de independencia a la figura torva (sic) y verdaderamente imponente de Morelos. Lo formaron militar, gran civil y gran administrador, la guerra y su propio genio. Fue el único que desde su primera campaña tuvo resolución para tomar la ofensiva contra las tropas realistas, y el primero en derrotarlas con fuerzas iguales o inferiores”.

Del padre Manuel F. Miguélez, en su libro sobre la “Independencia de México”:

“Los más famosos cabecillas o guerrilleros españoles, cuyas hazañas llenan los anales de la historia de la guerra napoleónica, parecían haber refundido su espíritu en Morelos para que luchase contra España”.

Del Obispo electo de Michoacán, don Manuel Abad y Queipo, mismo que el 24 de septiembre de 1810 había fulminado, en Valladolid, tremenda excomunión contra el Padre Hidalgo y contra todos aquellos que le dieran “socorro, auxilio y favor”:

“Si Morelos se presenta con dos, tres o cuatro mil hombres, ¿no caerá en su poder Valladolid y con ella toda la provincia, todo el Bajío, y aun tal vez las provincias mismas que tenemos pacíficas? Este suceso ¿no puede arrastrar consigo la pérdida total del reino? Sí, por cierto. Morelos, que tiene a su disposición toda la masa del pue-

blo (cuando nosotros no podemos hallar 25 hombres que trabajen en los fosos de la ciudad); Morelos, repito, la pondría en menos de dos meses en tal estado de defensa, que con 2,000 hombres de guarnición resistiría un ejército bien organizado de 10 ó 12,000 infantes”. (Carta dirigida al Virrey Calleja —sucesor de Venegas— en septiembre de 1813).

*Morelos en Tehuacán, Orizaba,
Oaxaca y Acapulco*

Después de romper los insurgentes el sitio de Cuautla el 2 de mayo de 1812, toman la ciudad heroica los realistas, “saquean la población, incluso las iglesias, y matan o torturan a los inermes y a los enfermos que no pudieron seguir a Morelos”.

El 16 entra triunfalmente en México el mariscal Calleja; pero mientras él, Venegas, los demás funcionarios de la Corona y los criollos fernandinos cantan sus Te Deums y rezan sus Pater Nosters, porque consideran derrotados a los independentes, éstos avanzan con Morelos, Galeana, los Bravo y Matamoros sobre Citlala, Huajámpan, San Agustín del Palmar y Puente del Rey, tomando Tehuacán el 10 de agosto.

Allí se hace fuerte el Generalísimo Morelos, con 3,600 hombres, convirtiendo esa ciudad —que es un punto estratégico— en su centro de operaciones, desde el cual se dominan los caminos de Oaxaca, Puebla, Orizaba y Veracruz.

En la hacienda de Yermo ha caído prisionero y se le ha trasladado a la capital, el padre del insurgente don Nicolás Bravo. Morelos ofrece canjearlo por cerca de 800 españoles tomados en San Agustín, en Puente del Rey y en otras acciones de armas.

Como respuesta ejecutan las autoridades virreinales

al anciano don Leonardo, el 13 de septiembre de 1812. Morelos ordena fusilar a los realistas que tiene en su poder, "como escarmiento"; pero don Nicolás Bravo interviene, aboga por ellos en memoria de su padre sacrificado, y consigue que se les deje en libertad, "para no disminuir el crédito de la causa de la independencia".

Este acto generoso, digno, sin duda de admiración y alabanza, hará fruncir el ceño a Morelos. El sacerdote mexicano, como Bolívar en Trujillo, venciendo a sí mismo, comprende que para salvar los principios revolucionarios es indispensable establecer la guerra a muerte. La tendrá que aplicar en Acapulco dos años más tarde, de la misma manera que el Libertador, en situación desesperada, ordenó que se cumpliera en el puerto de La Guaira, cuando las terribles hordas de Boves se hacían dueñas del país.

El 29 de octubre ya está Morelos en Orizaba, en donde hace destruir todos los depósitos de tabaco, segura fuente de ingresos que fortalece económicamente al Gobierno virreinal. Y como detalle que pinta su carácter, esta lacónica respuesta para una novia compungida que solicita el indulto de cierto prisionero desertor: "Que escoja otro novio más decente".

Con anterioridad, al recibir una nota del Presidente de la Junta de Zitácuaro, licenciado don Ignacio López Rayón, en la que le informaba que entre las personas de su escolta había un individuo dispuesto a matarlo o entregarlo al Virrey; que ignoraba su nombre, "pero cuyas señas eran ser un hombre grueso y barrigón", Morelos no encontró mejor respuesta que la siguiente, sin darle importancia al peligro que corría: "Aquí no hay más barrigón que yo, no obstante que mis enfermedades me han devastado".

En otra ocasión, cuando el Obispo de Puebla le pide que no siga sublevado contra el Rey, contestará Morelos:

"La muerte que presiento cercana, será la única que me obligue a dejar la causa por la que lucho con tanta fe".

Posteriormente, en medio de las dificultades que ha de tener con la Junta de Zitácuaro, expresará su pensamiento en esta forma: "Todos los hombres valen más que yo, pero la causa que defendemos vale más que todos los hombres. La libertad no se puede disfrutar a medias; no puede ser administrada por una Junta, ni concedida por nadie a título de gracia".

Y más adelante, en respuesta al Santo Oficio que le pregunta si tiene hijos, leamos la frase que pone en sus labios el historiador Romero Flores: "Los tengo, alimento y educo, a diferencia de millares de individuos que los ocultan y niegan". Comenta el referido historiador que tal respuesta —con el cadalso a la vista— "fue el reproche más merecido a los clérigos de todas las épocas".

* * *

De Orizaba, al frente de 5,000 hombres, con Galeana y Matamoros como mariscales, sale Morelos para Oaxaca, de la que se posesiona el 25 de noviembre. Pocas semanas permanecerá, sin embargo, en la antigua Antequera; apenas despunta el año 1813, y ya va el Generalísimo en su larga y penosa marcha sobre la ciudad y puerto de Acapulco, que el 12 de abril cae en su poder.

Los realistas y gran número de habitantes se atrincheran en el castillo-fortaleza de San Diego, que cuenta con el apoyo de varios barcos surtos en la bahía. Otras embarcaciones irán llegando de San Blas con víveres y armamento, prolongándose así el asedio de la plaza hasta el 20 de agosto del mismo año, en que al fin capitulan los españoles. Ese día recibe la fortaleza el alto y fornido mariscal Galeana, con 80 piezas de artillería y un enorme botín de guerra.

Dice al respecto una información documental, citada

por Teja Zabre: "...El 20 de agosto tremoló el pabellón mexicano sobre los muros de San Diego de Acapulco. Su guarnición salió con los honores de guerra; abrazáronse vencedores y vencidos. Morelos, al ocupar la fortaleza, recibió el bastón de manos del Gobernador español, quien le dijo estas palabras:

—"Señor Excelentísimo: Tengo el honor de poner en manos de Vuestra Excelencia el bastón con que he gobernado esta fortaleza, sintiendo en mi corazón que para su conquista haya sido necesario derramar tanta sangre.

"Morelos lo recibió con dignidad y le dijo:

—"Por mí no se ha derramado ninguna.—Y brindó en la mesa el caudillo victorioso, diciendo:

—"Viva España; pero España hermana, nunca más dominadora de América".

Reunión del Congreso de Chilpancingo

Después de inspeccionar los más importantes puntos militares del territorio insurgente, dejando toda la región del Sur bien resguardada, apréstase el caudillo a poner en ejecución sus planes políticos.

Es indispensable organizar un Gobierno nacional fuerte y responsable, que substituya a la débil Junta de Zitácuaro, integrada desde 1811 por los señores Rayón, Verduzco y Liceaga.

Urge también poner coto a frecuentes brotes de anarquía, a rivalidades peligrosas, a discordias y disipaciones.

Y opina Morelos, además, que no se debe seguir usando el nombre de Fernando VII en el programa revolucionario.

Sobre el particular ya le había escrito el licenciado Rayón: "Habrá sin duda reflejado Vuestra Excelencia que

hemos apellidado en nuestra Junta el nombre de Fernando VII; nosotros ciertamente no lo habríamos hecho, si no hubiéramos advertido que nos surte el mejor efecto: con esta política hemos conseguido que muchas de las tropas de los europeos, desertándose, se hayan reunido a las nuestras; y, al mismo tiempo, que algunos de los americanos vacilantes por el vano temor de ir contra el Rey, sean los más decididos partidarios que tenemos".

"Nuestros planes, en efecto, son de independencia, pero creemos que no nos ha de dañar el nombre de Fernando, que en suma viene a ser un ente de razón. Nos parece superfluo hacer a Vuestra Excelencia más reflexiones sobre lo que tanto habrá meditado".

Respuesta de Morelos: "No es razón engañar a las gentes haciéndose una cosa y siendo otra; es decir, pelear por la independencia y suponer que se hace por Fernando VII".

En varias notas y conversaciones sostendrá con firmeza este punto de vista, y algunos otros de sus conceptos políticos, recopilados en las siguientes frases de don Andrés Quintana Roo:

"Soy siervo de la Nación, porque ésta asume la más grande, legítima e inviolable de las soberanías; quiero que tenga un gobierno dimanado del pueblo y sostenido por el pueblo; que hagamos la declaración de que no hay otra nobleza que la de la virtud, el saber, el patriotismo y la caridad; que todos somos iguales, pues del mismo origen procedemos; que no hay privilegios ni abolengos, porque no es racional, ni humano, ni debido, que haya esclavos, pues el color de la cara no cambia el del corazón ni el del pensamiento; que se eduque a los hijos del labrador y del barretero como a los del más rico hacendado; que todo el que se queje con justicia, tenga un tribunal que lo escuche, lo ampare y lo defienda contra el fuerte y el arbitrario; que se declare que lo nuestro ya es nuestro y para nuestros hijos, que tengan una fe, una causa y una ban-

dera, bajo la cual todos juremos morir, antes que verla oprimida, como lo está ahora; y que cuando ya sea libre, estemos listos para defenderla”.

* * *

Con estas ideas reúne Morelos el Congreso de Chilpancingo, cuyas sesiones se inauguran el 14 de septiembre de 1813. En fecha tan memorable pronuncia un hondo discurso, y lee su secretario el conocido mensaje *Sentimientos de la Nación*.

Siete semanas después, el 6 de noviembre, suscriben los diputados el decreto de independencia, declarando solemnemente que México ha recobrado el ejercicio pleno de su soberanía; “y que en tal concepto queda rota y disuelta, para siempre jamás, la dependencia del trono español”.

Confían los asambleístas el Poder Ejecutivo a Morelos, le ratifican el grado de Generalísimo y le otorgan el tratamiento de Alteza Serenísima, que rechaza el prócer, por considerar más honroso el que tiene ya escogido: Siervo de la Nación.

Expedida el Acta de Independencia, Morelos asume sin demora sus funciones militares, con el propósito de establecer en Valladolid la sede del Gobierno. El Congreso, entretanto, sigue reunido, hostigado siempre por los realistas, muchas veces ambulante, hasta elaborar y dar forma a la Constitución de Apatzingán, el 22 de octubre de 1814.

Pero el infortunio habrá de perseguir al Generalísimo, cuando apenas comienza su nueva y última campaña. Los siete meses que perdió desde la salida de Oaxaca hasta la rendición de los españoles en Acapulco, y los dos meses y medio que ha necesitado para la organización y buena marcha del Congreso de Chilpancingo, permiten al Gobierno virreinal rehacerse, reunir nuevas tropas, dominar

territorios que ya estaban en poder de los revolucionarios.

De allí arrancan sus primeras derrotas importantes; la desmoralización de sus soldados; las intrigas cada vez mayores de los congresistas; lo que ya se dijo del desastre de Valladolid y Puruarán; su caída en poder de las fuerzas del teniente coronel don Manuel de la Concha, el 5 de noviembre de 1815, aprehendido el prócer en las Lomas de Tezmelaca por el oscuro capitán Matías Carranco; su degradación eclesiástica y el fusilamiento inevitable, en San Cristóbal Ecatepec, el 22 de diciembre de ese año trágico, culminación de las desventuras iniciadas en 1814.

Tales desventuras, no sólo en México sino en todas las demás colonias sublevadas de América, son un lógico reflejo de la situación de España, otra vez bajo el feroz absolutismo de Fernando VII, que anima y fortalece a sus lugartenientes de ultramar.



El Libertador Simón Bolívar, grande entre los grandes de la América Española. Nació en Venezuela el 24 de julio de 1783. Murió en San Pedro Alejandrino, perseguido y amargado, el 17 de diciembre de 1830.

VI

TRIUNFOS, DERROTAS Y APOGEO DE BOLIVAR EN LOS CAMPOS DE BATALLA

EN noviembre de 1812 se dirige Bolívar a Cartagena, en donde imprime y hace distribuir lo que había escrito en Curazao, fechándolo el 15 de diciembre. Esta exposición será el primero cronológicamente, y uno de los más importantes documentos del Libertador, conocido con el nombre de *Manifiesto de Cartagena*.

Le ofrecen ayuda las autoridades de esa región neogranadina, por desgracia en pugna con el Gobierno de Bogotá. Y al cabo de algunas semanas ya lo tendremos, con mando militar en compañía de otros oficiales venezolanos, enfrentándose a fuerzas enemigas en tierra de Colombia.

Obtendrá después licencia y los primeros auxilios para preparar su temeraria expedición, la campaña admirable de 1813, desde las orillas del Magdalena hasta las llanuras venezolanas, pasando por sobre las altas cumbres de los Andes.

Con 500 hombres y un grupo de brillantes oficiales: Rafael Urdaneta, Antonio Ricaurte, Manuel Atanasio Girardot, José Félix Ribas, cumplirá Bolívar esa hazaña al empezar el mes de junio; pero, entretanto, ya tienen a Ocaña en su poder.

Continúan avanzando por las estribaciones de la cor-

dillera, a lomo de mula los cañones, ganando los altos páramos, defendiéndose del frío y de la nieve con sus fogatas, que pueden atraer al enemigo. Bolívar está impaciente por recorrer, a paso de vencedor, los valles occidentales de Venezuela.

Entra en Cúcuta el 1º de marzo, tras derrotar a un poderoso contingente de fuerzas realistas, cuyas armas y comestibles abandona el español Correa.

De pueblo en pueblo, de boca en boca, corre la fama del Libertador, como aliento y esperanza de los venezolanos oprimidos. Pero de Nueva Granada lo hacen esperar.

Oponen reparos los gobernantes de Cundinamarca para que aquel “extranjero”, aquel inexperto criollo caraqueño, pase la frontera y ponga en práctica su “presuntuosa temeridad”. Así opinan ciertos militares bogotanos, a pesar de que el gobierno de Cartagena le ha conferido la ciudadanía y lo ha nombrado general de brigada.

Bolívar se dirige con insistencia a los dos gobiernos: “La suerte de la Nueva Granada —les escribe— está íntimamente ligada con la de Venezuela: si ésta continúa en cadenas, la primera las llevará también...”.

“El cuerpo nacional que representa la soberanía del pueblo granadino, no podrá ver con frialdad el deshonor y el infortunio de los habitantes de la Costa Firme...”.

“La esclavitud es una gangrena que empieza por una parte, y si no se corta se comunica al todo”.

Las noticias de Caracas son cada vez más graves. Nadie está seguro bajo la sanguinaria tiranía de Monteverde. Sus chacales galonados: Cerveris, Antoñanzas y Zuazola, que tratan de abatir y aterrorizar a los patriotas de Oriente, bajo el mando del general Santiago Mariño, toman increíbles represalias. “Aniquilar por parejo a todos los americanos; destruir sus bienes sin distinción”. Esas son las instrucciones precisas de Zuazola.

“Hombres y mujeres, ancianos y niños —de acuerdo

con el historiador Baralt, siempre sereno y medurado—, deben desorejarse o desollarse vivos. A unos se les mutila de uno o dos miembros, o de las facciones del rostro, haciendo mofa de sus gritos y de su fealdad. A otros se les manda coser espalda con espalda”.

* * *

Llega por fin la esperada autorización de Bogotá, gracias al excelso patricio don Camilo Torres, Presidente del Congreso, sacrificado tres años más tarde por el general español Pablo Morillo, quien hizo también ejecutar al eminente sabio-mártir colombiano, don Francisco José de Caldas. El permiso, sin embargo, es condicional: Bolívar “tendrá que reconocerse bajo la dependencia de Nueva Granada”.

Acepta Bolívar las condiciones que se le quieran imponer, incluso traspasar el mando a jefes militares de Cundinamarca. Lo urgente es avanzar sobre Venezuela, libertar a su pueblo, demostrar que estaba en lo cierto cuando afirmó, en el *Manifiesto de Cartagena*, que se agregarían al movimiento “millares de valerosos patriotas, para sacudir el yugo de sus tiranos y unir sus esfuerzos a los nuestros en defensa de la libertad”.

Es el mes de mayo de 1813. Se han perdido largas semanas, pero ya va el Libertador en ciernes sobre la plaza de Mérida, que el 10. de junio abandonan los realistas.

Sigue su carrera triunfal, con sus hombres y los que se van agregando en el camino, y el 15 de ese mismo mes ya está Bolívar en Trujillo.

Se le confirman allí datos concretos sobre los crímenes y las depredaciones cometidas por los jefes españoles. Dicen entonces —venciéndose a sí mismo, como en el caso de Morelos— su histórico decreto de la guerra a muerte:

“Los españoles nos han aniquilado con la rapiña y

destruido con la muerte; han infringido las capitulaciones y los tratados más solemnes; han cometido, en fin, todos los crímenes, reduciendo la República de Venezuela a la más espantosa desolación. . .". "Españoles y canarios: contad con la muerte aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de Venezuela. Americanos: contad con la vida aun cuando seáis culpables".

Nótese que Bolívar no estaba contra los españoles, por el simple hecho de ser españoles. "Si no obráis activamente en defensa de la libertad de Venezuela", les decía.

No era cuestión de raza —de una raza a la cual él mismo pertenece— sino de ideales y de justicia. ¡Independencia de la nación y libertad del ser humano!

Contesta Bolívar a las "Almas Sensibles", que no se duelen de las víctimas sino de los verdugos

A propósito de la guerra a muerte recibirá Bolívar una carta del Gobernador y Capitán General de Curazao, a la que contesta el Libertador, desde su cuartel general de Valencia, el 2 de octubre de 1813. En tan importante documento hace Bolívar una narración histórica desde la época de la conquista, hasta llegar a los crímenes, la crueldad y la rabiosa saña de los realistas contra los insurgentes. He aquí tres o cuatro párrafos esenciales:

"Puede Vuestra Excelencia ver un débil bosquejo de los actos feroces en que más se regalaba la crueldad española, en la "Gaceta" número 4. El degüello general, ejecutado rigurosamente en la pacífica villa de Aragua por el más brutal de los mortales, el detestable Zuazola, es uno de aquellos delirios o frenesíes sanguinarios, que sólo una o dos veces han degradado a la humanidad: hombres y mujeres, ancianos y niños, desorejados, desollados vivos, y luego arrojados a lagos venenosos, o asesinados

por medios dolorosos y lentos; la naturaleza, atacada en su inocente origen, y el feto, aún no nacido, destruido en el vientre de las madres a bayonetazos o golpes.

"En San Juan de los Morros, pueblo sencillo y agricultor, habían ofrecido espectáculos igualmente agradables a los españoles, el bárbaro Antoñanzas y el sanguinario Boves. Aún se ven en aquellos campos infelices los cadáveres suspensos en los árboles. El genio del crimen parece tener allí su imperio de muerte, y nadie puede acercarse a él, sin sentir los furoros de una implacable venganza.

"No ha sido Venezuela sola el teatro funesto de estas carnicerías horrosas. La opulenta México, Buenos Aires, el Perú y la deventurada Quito, casi son comparables a unos vastos cementerios, donde el gobierno español amontona los huesos que ha dividido su hacha homicida.

"¡Cuántos ancianos respetables, cuántos sacerdotes venerables, se vieron uncidos a cepos y otras infames prisiones, confundidos con hombres groseros y criminales, y expuestos al escarnio de la soldadesca brutal y de los hombres más viles de todas las clases! ¡Cuántos expiraron, agobiados bajo el peso de cadenas insoportables, privados de la respiración o extenuados del hambre y las miserias! Al tiempo que se publicaba la Constitución española, como el escudo de la libertad civil, se arrastraban centenas de víctimas cargadas de grillos y de ligaduras crueles a subterráneos inmundos y mortíferos, sin establecer las causas de aquel procedimiento, sin saber aún el origen y opiniones políticas del desgraciado".

Y aprovecha la oportunidad Bolívar para decirle al Gobernador, condolido, cómo "las almas sensibles" —cosa semejante ocurre en la época contemporánea— no se duelen de los pueblos victimados y solamente interceden por sus verdugos. Léase la frase completa:

"Vea ahí Vuestra Excelencia el cuadro, no exagerado, pero inaudito, de la tiranía española en la América; cuadro que excita a un tiempo la indignación contra los

verdugos y la más justa y viva sensibilidad para las víctimas. Sin embargo, no se vió entonces a las almas sensibles interceder por la humanidad atormentada, ni reclamar el cumplimiento de un pacto que interesaba al universo.

“Vuestra Excelencia interpone ahora su respetable mediación por los monstruos feroces, autores de tantas maldades. Vuestra Excelencia debe creerme: cuando las tropas de la Nueva Granada salieron a mis órdenes a vengar la naturaleza y la sociedad, altamente ofendidas, ni las instrucciones de aquel benéfico Gobierno, ni mis designios eran ejercer el derecho de represalias sobre los españoles, que, bajo el título de insurgentes, llevaban a todos los americanos dignos de este nombre, a suplicios infames o a torturas mucho más infames y crueles aún. Mas viendo a estos tigres burlar nuestra noble clemencia, y asegurados de la impunidad, continuar, aun vencidos, la misma sanguinaria fiereza; entonces, por llenar la santa misión confiada a mi responsabilidad, por salvar la vida amenazada de mis compatriotas, hice esfuerzos sobre mi natural sensibilidad, para inmolar los sentimientos de una perniciosa clemencia a la salud de la patria”.

* * *

De victoria en victoria —Niquitao, que ganan Ribas y Urdaneta; Los Horcones, Taguanes, Valencia—, entra triunfalmente Bolívar en Caracas el 7 de agosto. Lanza un manifiesto a la ciudadanía, asume la responsabilidad del Gobierno y se dirige al Congreso de la Nueva Granada, dándole cuenta de haber cumplido su misión después de tres meses de campaña.

Pero Monteverde se ha parapetado en Puerto Cabello, en tanto que el terrible y sanguinario José Tomás Boves, con su lugarteniente Francisco Tomás Morales, se aprestan a la lucha contra los patriotas. Cuenta Boves con los

diestros llaneros venezolanos, valerosos y desenfrenados, y cae con ellos sobre diversas poblaciones de los independientes.

El 14 de octubre, en el Templo de San Francisco, el Cabildo de Caracas y las autoridades civiles dan oficialmente a Bolívar el título de Libertador de la República, y le otorgan el grado de Capitán General. En esa misma fecha derrota Campo Elías a Boves en Mosquiteros. ¡Dos semanas antes, envuelto en el pabellón tricolor, había caído en la cumbre de Bárbula el inmortal granadino Girardot, cuando ya las fuerzas de Monteverde se daban a la fuga!

Rivalidades de algunos jefes militares, quienes proclaman al general Santiago Mariño como autoridad suprema en las provincias orientales, debilitan a los patriotas, Tan lamentable discordia hará que pierdan sangrientas batallas; ganan otras, sin embargo, en lo que falta de 1813, debiendo destacarse la gran victoria de Araure contra Boves, bajo la dirección personal de Bolívar.

1814, año fatal para la independencia americana

1814 es el año terrible para la causa de la libertad. Con 5,000 jinetes y 3,000 fusileros Boves se rehace, y continúan las ofensivas sus segundos jefes, Morales y Rosete.

Batallas de La Puerta y La Victoria. Desolación en Ocumare. Se retiran, pero no cejan: vuelven a la carga los realistas.

¡Boves con sus feroces llaneros, Boves al frente de sus hordas contra San Mateo, el 27 y el 28 de febrero! A la postre lo rechaza Bolívar, lamentando la pérdida del indomable Campo Elías.

Repuesto de sus heridas, ¡otra vez Boves contra San

Mateo, el 20 de marzo! ¡Sacrificio heroico de Ricaurte, quien vuela el arsenal y con su vida da el triunfo a los patriotas!

Boves, a pesar de todo, bañado en sangre rodea la finca. Gracias a que al fin presta su concurso Mariño, con los generales Anzoátegui, Bermúdez y Montilla, triunfan los republicanos en Bocachica.

En marcha forzada persigue la caballería de Bolívar a la de Boves, que sólo al retirarse pierde más de 2,000 llaneros. En esa forma el Libertador salva a Valencia, sitiada por los realistas y defendida hasta la desesperación por Urdaneta.

Seguirán el primer Carabobo y la segunda batalla de La Puerta, el 28 de mayo y el 15 de junio, en donde Boves, otra vez victorioso, otra vez invencible, bate a los patriotas y empecinado marcha de nuevo sobre Valencia. Entran los llaneros en la plaza el 17 de junio, pasan a cuchillo a la indefensa población y avanzan velozmente hacia Caracas.

Bolívar, sin medios de enfrentarse al pánico y a la desmoralización de poblaciones enteras asediadas, se retira de la capital para el Oriente. Lo siguen millares de habitantes aterrorizados, muchos de los cuales mueren en el camino. Boves entra en la ciudad el 16 de julio, haciendo una matanza que el historiador Baralt calcula en 5,000 personas.

Habrán de seguir combatiendo en Oriente, Bermúdez, Ribas, Piar, José Tadeo Monagas y otros jefes republicanos. Los dos primeros desconocen al Libertador. ¡Casi dos años adelante será otra vez desconocido, cuando fracase con la primera expedición de Haití, financiada y apoyada por el gran Presidente de color, el negro maravilloso, injustamente olvidado, Alejandro Sabés Pétion!

Nuevas victorias de Boves en Salado, en Magueyes, en Urica. Hasta que en esta última acción, librada el 5 de diciembre, rendirá la vida tan terrible jefe español,

aliado de los "pardos" contra los criollos; pero su segundo, Francisco Tomás Morales, asume el mando de los realistas —¡llaneros venezolanos defendiendo al Rey!—, y persigue sin tregua a los patriotas, quienes se dispersan en Maturín completamente derrotados.

¡Días después la Iglesia rinde a Boves honras fúnebres solemnes, mientras los realistas pasean en jaula la cabeza, con gorro frigio, del valeroso Ribas!

Bolívar y algunos de los suyos han logrado embarcarse a las Antillas, finalizando ese año pavoroso con el dominio completo de Venezuela por los españoles.

Período de tal manera trágico para un pueblo, y los años siguientes de guerra hasta consumar la independencia americana en Ayacucho, costarán a Venezuela más de la tercera parte de su población. 900,000 habitantes tenía el país al establecerse la Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII. No llegan a 600,000 en 1825.

* * *

1815 y 1816 serán también, bajo el absolutismo de aquel monarca, que se refleja de un confín a otro de nuestra América, dos años de grandes luchas y quebrantos para las colonias sublevadas contra el viejo imperio español. A Venezuela llega el general Pablo Morillo, con una expedición de 15,000 hombres en 65 buques. Quebrantarán la resistencia de un país vencido y a la sazón tres veces diezmado.

Bolívar, entretanto, ha pasado por segunda vez a Nueva Granada, en donde rinde un informe de su actuación al Congreso. Este se halla reunido esos días en Tunja, rotas sus relaciones con el Gobierno de Santa Fe. El Libertador apoya a los congresistas y con su autorización ataca y toma Bogotá, conquistando el título de Capitán General.

Pero lo que preocupa al venezolano es obtener auxilios, como en 1813, para libertar de nuevo a su patria.

Las divisiones, empero, la incomprensión y las rencillas son tan hondas, que Bolívar se da cuenta del peligro que corre Nueva Granada, a punto de caer de nuevo bajo el dominio español.

Acude a Cartagena con ánimo de cohesionar a los patriotas, amagados por Morillo, quien ya prepara un sitio que durará tres meses. Fracasados sus esfuerzos se dirige Bolívar a Jamaica, dispuesto a dar a conocer al mundo la realidad de América. Así lo hace en su famosa carta a un caballero inglés, fechada en Kingston el 6 de septiembre de 1815. (*Carta de Jamaica*).

De Jamaica pasa el Libertador a Puerto Príncipe, en donde el ya citado Presidente, Alejandro Pétion, le presta al venezolano su más desinteresado y decidido apoyo. Unica condición de aquel egregio gobernante: la libertad de los esclavos, que decreta Bolívar el 6 de julio de 1816 en Ocumare. Lo acompañan entonces los generales Mariño, Soublette, Briceño, Piar y otros jóvenes veteranos de diversas campañas.

Ya vimos que después del fracaso de esta expedición, hoy como ayer Bermúdez, al que se agrega Mariño, desconocen al Libertador. Piar, a su vez, en sangrientas jornadas posteriores, tratará de amotinar al ejército contra Bolívar, siendo indispensable someterlo a consejo de guerra y fusilarlo, el 16 de octubre de 1817. ¡Se opondrán también al grande hombre, consumada ya la independencia, patriotas de tanto valor y mérito como Córdova, Páez y Santander!

*De 1817 en adelante comienza la
epopeya del Libertador*

Llega Bolívar derrotado a Puerto Príncipe, en agosto de 1816, y otra vez encuentra que lo amparan el auxilio y la nobleza del Presidente Pétion. Termina ya ese año, poco favorable a la causa autonomista; pero amanece el

17 y seguirá el 18, con las victorias rotundas de Guayana; con los hechos heroicos de José Antonio Páez en el Apure, seguido ahora por los indomables llaneros venezolanos; con las inesperadas derrotas de Morillo y los demás jefes realistas; con la lealtad insobornable de Antonio José de Sucre.

Inicia entonces Bolívar los preparativos para el Congreso de Angostura, que al fin se instala el 15 de febrero de 1819, bajo la presidencia del sabio letrado granadino, diputado por Casanare, don Francisco Antonio Zea.

Se hizo antes referencia al decreto del 6 de julio de 1816, en que Bolívar abolió la esclavitud: "... De aquí en adelante sólo habrá en Venezuela una clase de hombres: todos serán ciudadanos".

El 23 de mayo anterior había dicho a sus compatriotas, desde la isla de Margarita: "... No habrá más esclavos en Venezuela que los que quieran serlo".

Ahora ha de recomendar también al Congreso de Angostura: "... Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o el rechazo de todos mis estatutos o decretos; pero imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República".

* * *

Mientras en la cuenca y el calor de Orinoco discuten los congresistas, quienes apenas se atreverán a prohibir el tráfico de esclavos, "esperando que más adelante se les capacite para que puedan vivir la libertad"; y mientras Páez, sus lugartenientes y sus bravos centauros continúan enfrentándose a los españoles, Bolívar decide resignar la suprema magistratura en el Vicepresidente Zea y emprender su marcha victoriosa, desde los llanos del Apure, hasta el otro lado de la cordillera.

Avido está por escalar los picos de Los Andes, como en

1813, y por acometer la empresa de atravesarlos en sentido inverso: de Venezuela a Nueva Granada. Juzga indispensable ratificar de hecho, para fortalecerse mutuamente, la independencia que proclamó Cundinamarca el 20 de julio de 1810. Desea pagar la deuda contraída con Santa Fe y con Cartagena, devolviéndoles su libertad.

2,100 soldados lo acompañan cuando sale de Mantecal el 26 de mayo de 1819. En Casanare se le agregan 1,200, a las órdenes de Santander; el 22 de junio llegan los guerreros al pie de los Andes imponentes; el 2 de julio atraviesan el páramo de Pisba, bajo lluvias torrenciales.

Muchos de aquellos héroes, hombres del trópico y de la llanura, van quedando en las nevadas cumbres. Mas el 6 ya están los supervivientes en la provincia de Tunja. El 25, después de varias acciones menores, han derrotado a los realistas en Pantano de Vargas. ¡Y el 7 de agosto de 1819, la gran victoria de Boyacá!

Vencidas las fuerzas del comandante español Barreiro, se fuga el Virrey Sámano de la capital neogranadina, en la que entra triunfalmente Bolívar el 11 de ese mismo mes. Los realistas están completamente desmoralizados, seguros de que Boyacá sería la piedra angular de la independencia americana. Así lo hace ver el propio general Morillo, en frase como ésta para el Rey de España:

“El éxito fatal de Boyacá ha puesto a disposición de Bolívar todo el Reino y los inmensos recursos de un país muy poblado, rico y abundante, de donde sacará cuanto necesite para continuar la guerra en estas provincias”.

Otras líneas elocuentes de Morillo, dirigidas el 12 de septiembre de 1819 al Ministro de la Guerra: “Bolívar en un solo día acaba con el fruto de cinco años de campaña, y en una sola batalla reconquista lo que las tropas del Rey ganaron en muchos combates”. ¡Cosas semejantes decía Calleja, asediado por Morelos!

Comienza así la etapa más brillante de Bolívar. La serie de hazañas que cantan los poetas, y convierten los es-

cultores en mármol y en bronce. La grandiosa epopeya que culminará en Pichincha, en Junín y Ayacucho; en Quito, en Lima y en el Cuzco; en la cima del Chimborazo y en la plateada cúspide del Potosí.

* * *

Pasiones desatadas en Venezuela; odios y rencillas entre algunos jefes militares; incomprendiones y altercados en el Congreso de Angostura, hacen que Bolívar regrese sin dilación a su país. La presencia del Libertador cohesiona a los espíritus rebeldes, a los “bochincheros” de que habló Miranda, e incluso a los caudillos en potencia que deseaban por tercera o cuarta vez desconocerlo.

A poco de encontrarse en la sede provisional de los venezolanos libres, con la fuerza de su magnetismo y de su gloria, logra Bolívar que los congresistas decreten el establecimiento de la Gran Colombia, el 17 de diciembre de 1819. Será necesario, sin embargo, ganar todavía muchas batallas para que el decreto de unión empiece a realizarse.

¡Carabobo con Bolívar y Páez a la cabeza, el 24 de junio de 1821! ¡Bomboná y Pichincha, el 7 de abril y el 24 de mayo de 1822! Ahora sí pueden el Congreso de Cúcuta y el pueblo ecuatoriano proclamar la extensa Confederación forjada por Bolívar.

Seguirán después Junín y Ayacucho, el 6 de agosto y el 9 de diciembre de 1824, hasta consolidar la independencia del Perú, iniciada por el benemérito general don José de San Martín, gloria de las armas argentinas y chilenas. Y culminará la grandeza del Libertador el 6 de agosto de 1825, con la fundación de Bolivia, mediante el voto de la gran asamblea popular convocada por Sucre en Chuquisaca.

Desde su primer paso de los Andes en 1813 hasta el 17 de diciembre de 1830, en que baja al sepulcro en San

Pedro Alejandrino, Bolívar es el símbolo de la conciencia de América, que se manifiesta en las batallas definitivas arriba mencionadas, no de *conquista* sino de *liberación*.

Es un ideario luminoso el suyo, que da la independencia a cinco pueblos, y pugna porque obtenga su libertad el ser humano.

Es el adalid contra la esclavitud en Cuba, en Puerto Rico, incluso en España y en las Filipinas, que desde el Potosí soñará con libertar de sus cadenas, recordando tal vez a Mina, fusilado en México por defender la libertad, o al valeroso militar don Rafael de Riego, a quien combaten los "cien mil hijos de San Luis" y manda Fernando VII al patíbulo.

Pero es Bolívar, además y sobre todo, una conciencia luminosa, un estadista de visión profética, que se proyecta hasta nosotros en centenares de cartas y proclamas, así como en cinco documentos esenciales para orientación de la América Española: el Manifiesto de Cartagena, la Carta de Jamaica, el Discurso de Angostura, la Invitación para el Congreso de Panamá y la Constitución de Bolivia, sin duda original y avanzada para entonces y para nuestros días.



VII

PENSAMIENTO, PROCESO Y EJECUCION
DE MORELOS

POR su trascendencia, tanto o más importante que el aspecto militar, ha de interesarnos el sentido profundamente revolucionario de la obra social y política, así de Morelos como de Bolívar. Su pensamiento, que es de actualidad, casi no necesita comentarios. Está contenido en los mensajes y en los escritos de ambos próceres.

De toda esa literatura parece indispensable transcribir unos cuantos puntos, que sirvan de referencia a las generaciones de hoy. Por orden cronológico se reproducen a continuación, resumiéndolos, algunos documentos substanciales del Generalísimo don José María Morelos y Pavón, a saber:

*Medidas que deberán tomar los jefes
de los Ejércitos Americanos*

"Sea la primera.—Deben considerarse como enemigos de la Nación y adictos al partido de la tiranía, todos los ricos, nobles y empleados de primer orden, criollos o gachupines, porque todos éstos tienen autorizados sus vicios y pasiones en el sistema y legislación europea, cuyo plan se reduce en substancia a castigar severamente la pobreza

y la tontera, que es decir, la falta de talentos y dinero, únicos delitos que conocen los Magistrados y Jueces de estos corrompidos Tribunales.

“Síguese de dicho principio, que la primera diligencia que sin temor de resultas deben practicar los Generales o Comandantes de Divisiones de América, luego que ocupen alguna población grande o pequeña, es informarse de la clase de ricos, nobles y empleados que haya en ella, para despojarlos en el momento de todo el dinero y bienes raíces o muebles que tengan, repartiendo la mitad de su producto entre los vecinos pobres de la misma población, para captarse la amistad del mayor número, reservando la otra mitad para fondos de la Caja Militar.

.....

 “Tercera.—El repartimiento que tocara a los vecinos de dichas poblaciones ha de hacerse con la mayor prudencia, distribuyendo dinero, semillas y ganados con la mayor economía y proporción, de manera que nadie enriquezca en lo particular, y todos queden socorridos en lo general para preñarlos, conciliándose su gratitud.

.....

 “Quinta.—Deberán derribarse en dichas poblaciones todas las Aduanas, Garitas y demás edificios reales, quemándose los archivos, pues sin esta providencia jamás se logrará establecer un sistema liberal, nuevo, para lo que es necesario introducir el desorden y la confusión entre los Gobernadores, Directores de Rentas, etc., del partido realista”.

* * *

Es natural que estas medidas, sin componendas, sin

tácticas ni artificios, “de muy profundas meditaciones y experiencias”, según el propio Morelos, que atacaban directamente el poder económico de las minorías poseedoras, fuesen combatidas por la reacción e incluso por comentaristas extranjeros como Marius André, quien basándose en don Lucas Alamán repitió que las ideas políticas de Morelos “son una monstruosa mezcla de teocracia y comunismo”. Alamán había dicho que las tendencias de Morelos eran “comunistas o socialistas”.

¡Sería interesante traer a don José María Morelos y Pavón a nuestra América Española de estos días, para oír las acusaciones en contra suya como propagandista de ideas exóticas!

Debe pensarse, en todo caso, que Morelos estaba haciendo o procurando realizar una honda transformación económica en un país que abarcaba en ese tiempo todo Texas, la Alta California, Nuevo México y Arizona; y que bien podía ser, después de China, la India y Rusia, el más grande del mundo, poblado por seis millones de habitantes, de los cuales sólo 60,000 eran peninsulares europeos, dueños junto con el clero de más de tres cuartas partes de la riqueza nacional.

Contra ese 1% estaba dirigida la campaña del caudillo mexicano, con objeto de liberar al 99% de la población. Si por eso le llamaban comunista, es de suponer que en aquella época se apegaban más a la justicia y a la realidad esos comunistas, que el 1% de los privilegiados.

Discurso ante el Congreso de Chilpancingo (14 de septiembre de 1813)

Digno de la mayor atención es el histórico discurso, leído por el prócer ante el Congreso de Chilpancingo. Véanse algunos párrafos:

“Señor: Nuestros enemigos se han empeñado en ma-

nifearnos hasta el grado de evidencia ciertas verdades importantes que nosotros ignorábamos, pero que procuró ocultarnos el despotismo del Gobierno, bajo cuyo yugo hemos vivido oprimidos. Tales son: Que la soberanía reside esencialmente en los pueblos; que transmitida a los monarcas, por ausencia, muerte o cautividad de éstos, refluye hacia aquéllos; que los pueblos son libres para reformar sus instituciones políticas siempre que les convenga; y que ningún pueblo tiene derecho para sojuzgar a otro, si no precede una agresión injusta.

“Gracias a Dios que el torrente de indignación que ha corrido por el corazón de los americanos, les ha arrebatado impetuosamente, y todos han volado a defender sus derechos, librándose en las manos de una Providencia bienhechora que da y quita, erige y destruye los imperios según sus designios...”

“En el pueblo de Dolores se hizo oír esta voz muy semejante a la del trueno, y propagándose con la rapidez del crepúsculo de la aurora, y del estallido del cañón, he aquí transformada en un momento la presente generación en briosa, impertérrita y comparable con una leona que atruena las selvas, y se lanza contra sus enemigos, los despedaza, los confunde y persigue. No de otro modo, Señor, la América irritada y armada con los fragmentos de sus cadenas opresoras, forma escuadrones, organiza ejércitos, instala tribunales, y lleva por todo el Continente sobre sus enemigos, la confusión, el espanto y la muerte”.

“Mas ¡ah!, que la libertad, este dón del cielo, este patrimonio cuya adquisición y conservación no se consigue sino a precio de sangre, y de los más costosos sacrificios, cuya valía está en razón del trabajo que cuesta su recobro, ha cubierto a nuestros hijos, hermanos y amigos, de luto y amargura; porque ¿quién es de nosotros el que no haya sacrificado algunas de las prendas más caras de su corazón? ¿Quién no registra entre el polvo de nuestros

campos de batalla el resto venerable de algún amigo, hermano o deudo? ¿Quién el que en la soledad de la noche no ve su cara imagen, y oye sus acentos lúgubres con que clama por la venganza de sus asesinos?

“¡Manes de las Cruces, Aculco, de Guanajuato y Calderón, de Zitácuaro y Cuautla! ¡Manes de Hidalgo y Allende, que apenas acierto a pronunciar, y que jamás pronunciaré sin respeto, vosotros sois testigos de nuestro llanto! ¡Vosotros que sin duda presidís esta augusta asamblea, recibid al par que nuestras lágrimas, el más solemne voto que a presencia vuestra hacemos en este día de morir o salvar la patria!...”

“Por todas partes se nos suscitan enemigos que no se detienen en los medios de hostilizarnos, aun los más reprobados por el derecho de gentes, como consigan nuestra reducción y esclavitud. El veneno, el fuego, el hierro, la perfidia, la cábala, la calumnia; tales son las baterías que nos asestan y que nos hacen la guerra más cruda y ominosa. Pero aún tenemos un enemigo más atroz e implacable, y ese habita en medio de nosotros... Las pasiones que despedazan y corroen nuestras entrañas, nos aniquilan interiormente, y se llevan, además, al abismo de la perdición innumerables víctimas”.

“Al 13 de agosto de 1521, sucedió el 14 de septiembre de 1813. En aquél se apretaron las cadenas de nuestra servidumbre en México Tenoxtitlán; en éste se rompen para siempre en el venturoso pueblo de Chilpancingo. ¡Loado sea para siempre el Dios de nuestros padres, y cada momento de nuestra vida sea señalado con un himno de gracias por tamaños beneficios...”

“Desaparezca antes el que posponiendo la salvación de la América a un egoísmo vil, se muestre perezoso en servirla y en dar ejemplo de un acrisolado patriotismo. Vamos a restablecer el imperio mexicano, mejorando el gobierno: vamos a ser el espectáculo de las naciones cul-

tas que nos observan: vamos, en fin, a ser libres e independientes..."

"Temamos el inexorable juicio de la posteridad que nos espera: temamos a la historia que ha de presentar al mundo el cuadro de nuestras acciones; y así, ajustemos escrupulosamente nuestra conducta a los principios más sanos de religión, de honor y de política. Señor, yo me congratulo con vuestra instalación.—Dije".

Sentimientos de la Nación

De las 23 sugerencias de Morelos, presentadas en la misma fecha al Congreso de Chilpancingo, y que sirvieron de base para la Constitución de Apatzingán, se destacan las siguientes:

"Que la América es libre e independiente de España y de toda otra Nación, Gobierno o Monarquía, y que así se sancione, dando al mundo las razones.

"La Soberanía dimana inmediatamente del Pueblo, el que sólo quiere depositarla en sus representantes, divididos los poderes de ella en Legislativo, Ejecutivo y Judicial, eligiendo las provincias sus Vocales, y éstos a los demás, que deben ser sujetos sabios y de probidad.

"Que los empleos los obtengan sólo los americanos.

"Que no se admitan extranjeros, si no son artesanos capaces de instruir, y libres de toda sospecha.

"Que como la buena ley es superior a todo hombre, las que dicte nuestro Congreso deben ser tales que obliguen a constancia y patriotismo, moderen la opulencia y la indigencia, y de tal suerte se aumente el jornal del pobre, que mejore sus costumbres, aleje la ignorancia, la rapiña y el hurto.

"Que las leyes generales comprendan a todos, sin excepción de cuerpos privilegiados, y que éstos sólo lo sean en cuanto al uso de su ministerio.

"Que la esclavitud se proscriba para siempre, y lo mismo la distinción de castas, quedando todos iguales, y sólo distinguirá a un americano de otro, el vicio y la virtud.

"Que se quite la infinidad de tributos, pechos e imposiciones que más agobian, y se señale a cada individuo un cinco por ciento en sus ganancias.

"Que se solemnice el día 16 de septiembre de todos los años, como el día aniversario en que se levantó la voz de la independencia y nuestra santa libertad comenzó, pues en ese día se abrieron los labios de la Nación para reclamar sus derechos, recordando siempre el mérito del grande héroe el señor don Miguel Hidalgo, y su compañero don Ignacio Allende".

* * *

Las más importantes sugerencias del Generalísimo fueron aprobadas por el Congreso e incluidas en la Constitución de 1814, aunque con una "complicada división de poderes y un despotismo parlamentario, inexplicable en aquellos días de lucha, juzgado absurdo por Morelos en vista de que no era posible practicarlo". Son dificultades semejantes a las de Bolívar, frente a políticos y patriotas más o menos sinceros o más o menos timoratos, sin una visión clara y concreta de la realidad.

Obtuvo, además, que en el Acta de independencia dada por los congresistas, el 6 de noviembre anterior (1813), así como en la Constitución ya referida, se mantuviera su criterio en contra de usar el nombre de Fernando VII, según vimos que lo hacía la Junta de Zitácuaro. Se dijo también en otras páginas que Morelos reprobó siempre ese emblema, reiterando que Hidalgo lo había hecho desaparecer en Guadalajara, y razonando al respecto que "no es razón engañar a las gentes, haciéndose una cosa y siendo otra".

Puesto que el 6 de diciembre de 1810 el Padre Hidalgo abolió la esclavitud, por decreto expedido en Guadalupe, Morelos toma especial empeño en que se cumpla esa medida. El 5 de octubre de 1813, con su peculiar estilo, proclama que "debe alejarse de la América la esclavitud y todo lo que a ella huele". Con anterioridad, en su famoso bando a los habitantes de Oaxaca, en vísperas de iniciar su marcha hacia el puerto de Acapulco, había expresado:

"...Que quede abolida la hermosísima jerigonza de Calidades, Indio, Mulato, Mestizo, Tente en el Aire, etc., y sólo se distinga la Regional, nombrándose todos generalmente AMERICANOS.

"Que a consecuencia nadie debe pagar tributo, como uno de los predicados en Santa Libertad.

"Que los naturales de los pueblos sean dueños de sus tierras y rentas, sin el fraude de entradas en las cajas.

"A consecuencia de ser libre toda la América no debe haber esclavos; y los amos que los tengan los deben dar por libres, sin exigirles dinero por su libertad, y ninguno en adelante podrá venderse por esclavo, ni persona alguna podrá hacer esta compra".

Peregrinación del Congreso y caída de Morelos en manos de los realistas

No pudo hacer ni escribir Morelos mucho más de lo que hizo o escribió. Bien corta fue en realidad su carrera militar y política —menos de cinco años— comparada con la de Bolívar, desde 1810 hasta su muerte en 1830. Al aguerrido cura de Carácuaro, por otra parte, después de los desastres de Valladolid y Puruarán, el propio Congreso de Chilpancingo le cortó las alas.

Alguno de sus subalternos infidentes escribió al Virrey Calleja, haciéndole ver cómo era preferible que Mo-

relos se marchase a bautizar de nuevo en su parroquia. Se le insinuó, por añadidura, que dejara el mando supremo y no usase más el título de Generalísimo. ¡Inútiles las voces sensatas, respaldando al prócer, de varones como Quintana Roo, Liceaga, Sánchez Arriola y el doctor Cos!

A las insinuaciones apuntadas no opone Morelos resistencia, ni como buen revolucionario divide tampoco a los republicanos. En calidad de simple soldado seguirá sirviendo a la causa de los independientes, en diversas regiones del Sur, que van recuperando las fuerzas del Virrey.

¡Imposible atacar ni pretender hacerlo, en condiciones materiales y morales de tal manera precarias! Asegura Teja Zabre que por esos días le dice Galeana al gran caudillo:

"Ah, señor! Aquí me separo; voy a sembrar algodón para comer y pasar mi vida en secreto, olvidado de las gentes... Todo se ha perdido porque usted se ha fiado de hombres que no debía, para el mando de las armas".

Morelos lo exhorta para que no abandone la magna empresa de luchar hasta lo último por la independencia: "Si después de esto fueren inútiles nuestros esfuerzos —agrega el sacerdote—, yo le acompañaré a usted, Galeana, a trabajar en sus labores del campo".

* * *

Con 200 hombres de escolta va entretanto el Congreso de un lado a otro, debilitado por la anarquía revolucionaria y perseguido sin cuartel por los realistas. Sesiona como puede y cuando puede, en caseríos o en haciendas, hasta que no queda más remedio que refugiarse en Uruapan y buscar la forma de encontrar acomodo en Tehuacán.

Tendrá que ser Morelos, simple miembro del Poder Ejecutivo, quien dé protección a los legisladores. Larga y peligrosa es la jornada, para la que apenas logra reunir mil hombres y unos cuantos fusiles, el que fue Generalísimo de buena parte del territorio mexicano.

Hay que burlar a Calleja, no presentar combate a Iturbide, caminar de noche a través de ríos y de montañas, esconderse de Concha, Armijo y Villasana, huir de los más destacados fernandinos, deseosos de hincar la sangrienta garra en Morelos más que en el Congreso.

El 29 de septiembre de 1815 da principio la peregrinación. El caudillo está desanimado. Tres meses antes había sido muerto en Coyuca don Hermenegildo Galeana, y exclamó entonces el gran cura: "Acabáronse mis brazos. Ya no soy nada". Con la ejecución anterior de Matamoros en Valladolid, el 5 de enero de 1814, habían empezado las "amputaciones" de Morelos, con lo que él llamó la pérdida de su brazo derecho.

El 5 de noviembre del 15 —volviendo a la peregrinación del Congreso— ya no pueden los republicanos esquivar la lucha armada en Tezmalaca. Se acerca don Nicolás Bravo a Morelos y le pide que se salve, en aras de la independencia mexicana. Le contesta don José María: "¡No: escolte usted al Congreso, vaya con los diputados, que si yo perezco importa poco!"

No ha transcurrido media hora, y ya es Morelos la presa codiciada en poder de los realistas. Conoce a su aprehensor Matías Carranco, quien militó antes a sus órdenes:

"Señor Carranco —le dice el prócer con amarga ironía—, parece que nos conocemos".

Y a Villasana, cuando le pregunta al prisionero con malévola insistencia qué hubiera hecho si, por el contrario, a él o al señor Concha los hubiese atrapado en la batalla, responde sin titubear Morelos: "Les doy dos horas para confesarse y los fusilo".

"Las fuerzas del Rey no son tan crueles", replica con cinismo Villasana. Y como para demostrarlo, en el trayecto de Tenango a México lo detienen sus guardianes, para que asista el caudillo revolucionario a la ejecución de 26 de sus compañeros insurgentes, tomados en la batalla de la víspera.

Auto público de fe, dictado y ejecutado por la Inquisición

Sabe Morelos que para él no habrá misericordia. La primera medida del Virrey Calleja, al suceder a Venegas, fue un decreto en que decía: "El pueblo que preste a Morelos el menor auxilio será destruido y sus habitantes diezmos. El pueblo que lo entregue será constituido en Villa o Ciudad. Y si algún particular lo aprehende se le afirmará su fortuna, premiándolo de una manera extraordinaria y satisfactoria".

A los pocos días ya estará en la capital del virreinato, con sus grillos y cadenas, en una celda secreta del Santo Oficio. Allí recordará la degradación del señor Hidalgo en Chihuahua, como él la pudo escuchar de testigos presenciales; su ajusticiamiento, el de Aldama, Allende y 440 insurgentes más, incluyendo a los que fueron sacrificados en Monclova; el hecho de que los cadáveres de los jefes hubieran sido puestos a la expectación pública y después les cortaran la cabeza, para colgarlas y exhibirlas en la Alhóndiga de Granaditas.

En medio de una cruel indiferencia y la esperada frialdad de la derrota, sin voz ninguna de aliento ni de simpatía, a excepción de una ineficaz protesta del que fue Congreso de Chilpancingo, comenzará el proceso. Acusaciones del Fiscal de la Santa Inquisición, doctor don José María Tirado:

“... Porque siendo cristiano, bautizado, confirmado y educado por sus padres... y gozar como tal de los privilegios y gracias concedidos a los buenos y verdaderos católicos, abandonando enteramente sus estrechas obligaciones de cristiano y sacerdote, pospuesto el santo temor de Dios y de su divina justicia..., con grave ruina de su alma y lamentable escándalo..., ha hecho, dicho, creído y cometido, y ha visto a otros hacer, decir y cometer contra lo que tiene, predica y enseña nuestra Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica, Romana; pasándose de su purísimo y santo gremio, al feo, impuro y abominable de los herejes Hobbes, Helvecio, Voltaire, Lutero y otros autores pestilenciales, deístas, materialistas y ateístas, que seguramente ha leído e intentado suscitar sus errores, revolucionando todo el Reino y siendo causa principalísima de las grandes herejías y pecados que se han cometido y aún cometen.

“... Todo lo cual y demás que expondré, lo constituyen hereje formal, apóstata de nuestra sagrada religión, ateísta, materialista, deísta, libertino, sedicioso, reo de lesa majestad divina y humana, enemigo implacable del cristianismo y del Estado, seductor, protervo, hipócrita, astuto, traidor al Rey y a la patria, lascivo, pertinaz, contumaz y rebelde al Santo Oficio, de que en general le acuso, y en particular de lo que de su proceso resulta y siguiente”.

Lo siguiente son nuevas acusaciones, nuevos cargos por las ideas del “reo” sobre la representación de la soberanía nacional, “según se expresa terminantemente por este infame en el artículo 18 de su perversa y ridícula Constitución”. “No sólo ha intentado este libertino impío manchar las virtudes de nuestro amado Monarca, sino que ha denigrado la conducta y fidelidad de sus buenos vasallos, americanos y españoles, propagando contra ellos proclamas sediciosas, incendiarias, falsas, temerarias, *piarum aurium*, firmándolas de su puño y autori-

zándolas con el poder de las armas, para compeler a los pueblos a la desobediencia del Rey y a la obediencia de este monstruo, que quiso erigirse árbitro y señor de la América, en contradicción de Dios y de los hombres, de la Iglesia, del Rey y de la patria”.

* * *

El 26 de ese mismo mes de noviembre de 1815, como demostración palpable de que los señores jueces y magistrados pueden mover lo que tienen entre manos con celeridad y eficacia, ya el Señor Inquisidor doctor don Manuel de Flores, con la sapientísima cooperación de seis Consultores entre togados y eclesiásticos, tiene en su poder los *votos en definitiva* y la conformidad para que al día siguiente (27 de noviembre de 1815) “se le haga (al reo) auto público de fe en la sala de este Tribunal, a las ocho, a que asistirán los Ministros y cien personas de las principales, que señalará el Señor Inquisidor Decano; que se degradará al precitado presbítero José María Morelos, confidente diminuto, malicioso y pertinaz; que se le declara hereje formal negativo, despreciador, perturbador y perseguidor de la jerarquía eclesiástica, atentador y profanador de los Santos Sacramentos; que es reo de lesa majestad divina y humana, pontificia y real, y que asista al auto en forma de penitente *intermissarum solemnía*, con sotana corta, sin cuello ni ceñidor y con vela verde en mano, que ofrecerá al sacerdote, concluida la misa, como tal hereje y fautor de herejes desde que empezó la insurrección”.

“... Se le condena a destierro perpetuo de ambas Américas, Cortes de Madrid y sitios reales; a reclusión en uno de los presidios de Africa; se le depone de todo oficio y beneficio eclesiástico, con inhabilidad e irregularidad perpetua; que a sus tres hijos, aunque sacrílegos, se les declara incurso en las penas de infamia y demás que

imponen los cánones y leyes a los descendientes de herejes, con arreglo a las instrucciones de este Santo Oficio. . . y que se fije su nombre, patria, religión y delitos en la Santa Iglesia Catedral de esta Corte”.

“Así lo acordaron, mandaron y firmaron: doctor Flores; doctor Monteagudo; Blaya; Campo; Madrid; don Casiano de Chávarri, Secretario”. “. . . Concuenda con su original, que obra en la Cámara del Secreto de esta Inquisición de México, a que me remito y que certifico.—Don Casiano de Chávarri, Secretario”. (Archivo de Simancas, Inquisición de México, legajo 28).

Como lo dispusieron los inquisidores, a las ocho de la mañana del 27 de noviembre comenzó el auto público de fe, en el salón principal del edificio de la Inquisición, a presencia de los eclesiásticos y Ministros ejecutores, así como de gran número de aristócratas y gentes ricas de México, deseosas de exteriorizar su morbosa curiosidad o el odio que sentían por el insurgente michoacano.

“Todo el público clavaba sus miradas curiosas en el extraordinario reo —escribe Teja Zabre—, sentado en un banquillo sin respaldo, con las vestiduras indicadas en la sentencia. No parecía ser el principal actor de la ceremonia, ni la causa de la atención general por lo impasible de su rostro”. . . “El Obispo de Oaxaca, revestido de pontifical, efectuó la degradación. Puesto de rodillas sufrió Morelos, sin alterarse, el lento y ceremonioso sacrificio de su calidad sacerdotal”.

Sentencia del Virrey

A pesar de que la Iglesia solamente lo condenó a presidio perpetuo en Africa, es lo cierto que nuestro personaje —en lo que ya estaba sin duda de acuerdo el Santo Oficio— pasó de manos de los inquisidores a las autoridades seculares, representadas por el señor Concha, su custodio hasta el momento de la descarga que le quitó

la vida. El Auditor de Guerra, entre otras cosas, decía en su petición al Virrey Calleja, no obstante que ya éste tenía de antemano resuelto el sacrificio de Morelos:

“... Que sea fusilado por la espalda, como traidor al Rey, y que separada su cabeza y puesta en una jaula de hierro se coloque en la Plaza Mayor de esta capital; que sirva a todos de recuerdo el fin que tendrán, tarde o temprano, los que se obstinen todavía en consumir la ruina de su patria, que es el fruto que pueden esperar, según la ingenua confesión del monstruo de Carácuaro, cuya mano derecha se remita también a Oaxaca, para que asimismo se coloque en su Plaza Mayor”.

Sobre este dictamen resolvió Calleja el 20 de diciembre, a las tres semanas del auto de los inquisidores, que la ejecución se llevara a cabo en los términos expuestos; pero que el cadáver no sufriera mutilación alguna en sus miembros, ni se le pusiese a la expectación pública.

“Para todo lo cual —termina el Virrey— tomará las providencias oportunas el señor Coronel don Manuel de la Concha, a quien cometo la ejecución de esta sentencia, que se notificará al reo en la forma de estilo”.

* * *

Es la mañana del 22 de diciembre de 1815.

Una escolta se dirige a San Cristóbal Ecatepec, población cercana de la capital de México.

Los oficiales vigilan el coche que conduce al héroe. Reza el Padre Salazar que lo acompaña.

Contesta Morelos esta o aquella plegaria, sin temor ni sobresalto, mientras los grillos y las esposas se le hincan en los pies y en las muñecas, y el viento frío de diciembre le hiela el corazón.

Pasa la comitiva frente al Santuario de la Virgen de Guadalupe.

Una leve sonrisa, de seguridad y confianza en la pa-